

## XXXVI

¿Y por qué no? ¡Vos dirás que no, pero los hechos están diciendo que sí! ¿Y por qué las mujeres no podían intervenir como nosotros, no en la politiquería del enjuague sino en la política de un país que se salva y de una nacionalidad que vuelve a hacer pie? La vida sigue, pero todo evoluciona, Mordisquito. Si hasta el dolor y el amor evolucionan. No podemos aferrarnos a las viejas costumbres y a los viejos defectos con la terca perseverancia del gato de la casa que está en ruinas... ¡y sigue metido en las ruinas! ¡Y no, ahora las cosas han cambiado, ahora las mujeres tienen tanta dignidad cívica como los hombres! ¡Y claro! ¿Por qué no iban a tenerla? Revisá la historia, Mordisquito, y a la sombra del héroe encontrarás siempre el impulso y la fortaleza que nacían en la mujer querida. ¡Tantas hubo y tantas conocés! Claro que entonces el mundo avanzaba de una manera más cautelosa, el progreso no volteaba ese montón de barreras sin sentido y la función femenina era simplemente tutelar: tender la mesa, preparar el ladrillo caliente envuelto en la pañoleta o hervir la manteca en el vino para cortar un resfrío. Función irremplazable, imagináte, la función doméstica y reposada de tu madre o de la mía, mujeres sencillas que actuaron sencillamente en la época de la sencillez.

Pero hemos evolucionado, Mordisquito. Si aceptaste que la mujer saliera a la calle para ponerle el hombro a tu iniciativa y para trabajar con vos y como vos; si aceptaste el esfuerzo, al mismo tiempo heroico y risueño, de la mujer trabajadora, y consideraste su actitud como un deber, ¿por qué al que cumple un deber le vas a negar un derecho? ¡Y no, no se lo podés negar! ¿O qué querías? ¿Que la mujer fuese igual a vos en el momento de la fatiga y que fuera menos que vos en el instante de la recompensa? ¡Y no! Mirá: desde hace muchos años —digamos treinta, cuarenta—, la magnífica mujer argentina, las nietas de aquellas abuelas criollas que ayudaron a escribir la historia, tu mujer o tu hermana, tenían pleno derecho a intervenir en los destinos del país, estaban capacitadas para disfrutar los instantes felices de una patria o para mejorar los instantes complicados. Y recién ahora la inteligencia y el cariño con que te construyen esta Argentina nueva dignifican a la mujer y la colocan para siempre en el plano de los protagonistas; y está bien. Así debe ser, ¡porque no podemos vivir absurdamente en la casa estropeada y vacía! Pensá, Mordisquito, en el fervor tremendo que las mujeres han demostrado en los últimos años de reconquista apasionada. Pensá en las obras enormes que una sola mujer ha hecho para tu patria. Y frente a esas obras monumentales, ¿es posible que no comprendas todavía qué derechos les asisten a las compañeras de tu nacionalidad? ¡Y no! ¡A mí no me podés contar que no lo comprendés! Dejá el pasado. Ya está en la percha, colgado junto a un montón de desencantos. Pero pensá que si ahora las mujeres se lanzan alegremente, lealmente, a la función cívica es porque hay una nueva fuerza que las empuja, ¡y vos no podés mantenerte al margen de estas verdades que te digo, y que te las digo porque me las enseñaron ellas con su ejemplo claro y valeroso! Vamos,

Mordisquito, dejá que el gato se pasee maullando sobre los escombros y entrá valientemente en esta época llena de momentos flamantes, de justicia y de claridad. ¿O preferís el oscuro afecto de la casa en ruinas? ¿No es muy literario eso? ¡Vamos, no me digás que preferís ponerle las espaldas al techo que se te cae encima, y así vencido, así inclinado, protestar contra el desfile de las mujeres victoriosas! ¡No, qué vas a preferir! ¡A mí no me la vas a contar!

## XXXVII

Mordisquito: ¡me voy! ¡Qué gracia! ¡Lo mismo que el manisero! Sí, Mordisquito: ¡me voy! Y sé que no vas a olvidarme. ¡No, qué me vas a olvidar! Descansarás de mi voz, pero no de mis evidencias. Sí, no te rías. Yo sé que ahora que me voy es cuando más voy a estar contigo. Parece un contrasentido, ¿verdad? Pero vos sabés que no. Sabés que yo tengo la perseverancia de esos grillos que cantan y cantan porque están seguros de que su esfuerzo alcanzará la noche. Y los grillos saben que la noche es buena, porque les trae el silencio que los deja oír. ¿Me comprendés, Mordisquito? Por eso te he hablado tanto, seguro de persuadirte. Porque yo ya sé —como los grillos— que me va a ayudar tu noche y que vas a escuchar-me y que vas a pensar. Porque te conozco de memoria, Mordisquito. Vos tenés ese orgullo criollo de defender hasta los errores, porque un día comprometiste tu mano y tu palabra. Te embanderaste de buena fe con una idea, sin imaginar siquiera que los encargados de hacerla flamar, en lugar de levantarla bien al cielo la iban a llevar arrastrando por todos los caminos y que iban a elegir de los caminos —con una preferencia miserable— aquellos que tenían más barro. «¡Diste tu mano y tu palabra!» ¿Y ahora? ¿Cómo te vas a volver atrás? ¿No es cierto? «La

patota te miraba.» Es muy criollo ese miedo al ridículo. Vos, en el fondo de tu alma, sabés que te equivocaste, pero «diste tu mano y tu palabra». Sabés que otros tienen la razón, pero vos «diste tu mano y tu palabra». Estás poniendo lo mejor que tenés, tu lealtad, al servicio de un error imperdonable. Y, claro, «no es de hombres el aflojar». Seguí en el tango. Se te hizo piedra en la conciencia la imagen —gorda y sentimental al mismo tiempo— de que un hombre no debe moverse de sus convicciones. Y ¿por qué no? Si la propia convicción es un error, ¿cómo se puede insistir maniáticamente en la equivocación? ¡Eh! No, Mordisquito. Porque «diste tu mano», te enrolaste con los verdes, vos —¡duro ahí!— ¿vas a morir siempre verde? Pero, eso no es convicción. Eso es amor propio. El más ordinario amor propio. El que hace que no quieras entender nada de lo que está ocurriendo. Mirá, Mordisquito, todo se ha movido en el mundo. ¡Nada está en su sitio! Estás asistiendo al momento más dramático de la historia del hombre civilizado. Asistís al fracaso de todos los sistemas, al fracaso de todos los sistemas políticos, sociales y económico utilizados por el hombre hasta la fecha, para lograr una vida menos miserable y una convivencia en paz que no se ha conseguido en ninguna parte de la tierra más que en tu patria, Mordisquito, ¡y no querés entenderla! En tu país se está produciendo la revolución más sensata de que se tenga memoria. ¡Pero vos, firme en tu obstinación! No querés aceptar que la necesidad crea sus genios y los crea para su propia defensa. No, vos no querés entender nada, no querés aceptar nada. «¡Ah!... ¡Ahora tenés auto!... ¿Eh?» Y sí que tengo auto. Siempre lo tuve. ¡En una época tenía hasta dos! ¿Y qué hay? ¿Querés herirme con sospechas feas que nadie se merece? ¡Ni vos! Sí, Mordisquito, siempre tuve auto. Lo que no tuve nunca fue esta dicha de asistir

a una revolución como la presente, con la que se le ha dado tanta felicidad a un pueblo con tan poco dolor. Yo sé que ahora me tenés fastidio, Mordisquito; pero sé que un día me vas a querer. Sí que me vas a querer, Mordisquito. Porque yo no soy tu enemigo, ni estoy equivocando, y el día que me entiendas te vas a entristecer de haber tardado tanto. Por eso te dejo. Porque creo que voy a ser más útil para vos cuando, en vez de hablarte, te deje pensar. Porque sé que vas a seguir escuchándome, Mordisquito. Cada vez con menos rabia vas a seguir escuchándome. Yo voy a estar en el grillo de tus noches, en la canilla que gotea, en el ropero que cruje a medianoche, en el humo final del pucho que apretás rabioso contra el cenicero, en el chas-chás del cinc cuando llueve, en todos los pequeños ruidos de la obsesión, allí voy a estar yo, Mordisquito, con mi voz de grillo, persiguiéndote, persuadiéndote. Aunque me marche —como me marcho ahora—, sé que seguirás oyéndome, como al grillo, Mordisquito. Yo te anticipo ahora el abrazo que vos me vas a dar un día. ¿Qué no me lo vas a dar? Vamos, testa dura, ¿a quién se la vas a contar? Hasta siempre, Mordisquito. Hasta siempre, Mordisquito.



SEGUNDO CICLO

## I

¿Vos te creés que yo tenía la menor sospecha de que iba a reanudar estas audiciones? ¡No! Si te lo dije todo. Treinta y siete noches te hablé, treinta y siete noches en que te lo dije todo y vos no entendiste nada. Mejor dicho, no es que no me entendiste. No quisiste entender, que eso es peor. Pero te hablé treinta y siete noches y creo que ésa fue la embarrada. Yo debía haberte hablado treinta y siete días, siempre de día. La almohada, es un elemento muy valioso en la vida de la gente, pero la almohada sola, entendés, sin la noche. La almohada y la noche juntas son un peligro tremendo para la gente que como vos acuña desesperanzada la idea de una rehabilitación que no puede llegarle, que no debe llegarle porque sería la desgracia de todos.

¿Entendés? Porque la noche es terrible. Porque a muchos como vos les da una idea deforme de la realidad y porque el insomnio tiene la virtud de transformar en razonables las cosas más injustas. Lo tuyo, por ejemplo. ¡Que querés volver! Lo tuyo, que es monstruoso porque es historia y está escrito en la memoria, en los papeles, en las cárceles, en los muertos y en los vivos que están muertos. Sos el pasado, el pasado más cruel que haya vivido nación alguna. Porque ningún país nació a la vida

con tantas posibilidades para ser dichoso como este tuyo y ninguno padeció tanta injusticia y tanta barbaridad como este tuyo y por tu culpa. Sos el pasado que quiere volver por amor propio, sólo por amor propio. Idea mezquina la tuya en esta hora de las grandes decisiones, tan mezquina la idea que de tanto andarte a pie por la cabeza ella misma se te ha detenido avergonzada en las sienas y te late como si tuvieras un kilo en cada una.

¿Y sabés por qué? Porque tu idea y yo sabemos que no debés volver. Y vos también, en el fondo de tu alma, aunque lo escondas, sabés también que no debés volver. Por decoro. Por recuerdo. Por historia. Sos la imagen del retroceso, de la injusticia, del hambre, del entreguismo. Y el pueblo lo sabe, como lo sabés vos. El pueblo lo sabe, porque lo padeció, que venís de viejos partidos que nunca hicieron nada en beneficio del pueblo que es la patria y que si alguno de los tuyos, alguna vez, intentó portarse bien, se cansó en seguida. Fue solamente algún abuelo que se murió hace mucho. El pueblo sabe que vos sos nieto, que todos ustedes son nietos, que ninguno de ustedes hizo nada más que ser nieto, nieto de la plata, nieto de las ideas. Que desde la muerte de ellos, hasta la llegada de este gobierno, hubo un vacío de dignidad y esfuerzo que vos pudiste llenar y como un criminal no cumpliste ninguna de las veces que se te dio el gobierno.

Porque vos no sos una esperanza, ni una incógnita. ¡Vos gobernaste! ¡No una vez, sino varias veces... y mal! ¡Gobernaste mal! Infamemente. Y el pueblo sabe eso, como sabe todo. Reconocé entonces que es mal negocio para un pueblo tu vuelta al poder si para respetarte un poco ese pueblo tiene que pensar en tu abuelo.

Mal negocio para un pueblo como éste que está frente a un gobierno de asombro que le ha dado lo que ni Dios ni la madre le dieron en mil años. De un gobierno que

ha puesto en marcha a la patria hacia un destino que nadie, nada más que él solo, puede conducir por una razón sencilla: porque este gobierno, en vez de seguir lo clásico que era tan cómodo, se metió en el tembladeral de las revisiones alcanzando a cada uno la proporción de dicha que le corresponde, revolución gloriosa que se alcanzó con el esfuerzo de unos cuantos para felicidad de todos, tan afortunada como revolución que vos, para darle alguna posibilidad a tu propaganda, tenés que ofrecer en tus discursos migajas de esa doctrina triunfante. No creas que no te oí; bien claro que lo dijiste en una proclamación: «Y podemos asegurar a los obreros que si llegamos al poder las conquistas obtenidas no se perderán». ¿Obtenidas por quién? Por este gobierno. ¿Y si las obtuvo este gobierno, por qué te van a votar a vos?

Has perdido hasta la sensación del ridículo. Mirá: este gobierno es tan perfecto que, por lograrlo todo, hasta nació de un carozo: no arrastra taras, no arrastra pasado, sólo tiene un presente indiscutible y un porvenir que da envidia.

Sí, Mordisquito. Vos sabés que no debés volver. Como sabés también que en el cuarto oscuro tus candidatos y vos lo van a votar a este gobierno. Sí, calláte. Yo sé lo que te digo. Si esto no fuera tan serio, si se pudiera hacer la broma, me gustaría que los peronistas todos te votáramos para verte disparar al extranjero horrorizado del triunfo, espantado de no saber qué hacer con un país cuyo destino no entendiste nunca y cuyo bienestar te repugna. Hasta mañana, Mordisquito. Vengo por pocos días porque me has hecho volver, pero es la hora de las definiciones y yo tengo la obligación de decirte por qué no te prefiero ni yo, ni este pueblo. Tengo cincuenta años y una memoria de fierro. Y en esas condiciones, ¡no me la vas a contar, Mordisquito!

## II

Bueno, mirá, lo digo de una vez. Yo no lo inventé a Perón. Te lo digo de una vez, así termino con esta pulseada de buena voluntad que estoy llevando a cabo en un afán mío de liberarte un poco de tanto macaneo. La verdad: yo no lo inventé a Perón ni a Eva Perón, la milagrosa.

Ellos nacieron como una reacción a tus malos gobiernos. Yo no lo inventé a Perón ni a Eva Perón ni a su doctrina. Los trajo, en su defensa, un pueblo a quien vos y los tuyos habían enterrado en un largo camino de miseria.

Nacieron de vos, por vos y para vos. Ésa es la verdad. Porque yo no lo inventé a Perón, ni a Eva Perón. Los trajo esta lucha salvaje de gobernar creando, los trajo la ausencia total de leyes sociales que estuvieran en consonancia con la época. Los trajo tu tremendo desprecio por las clases pobres a las que masacraste, desde Santa Cruz a lo de Vasena, porque pedían un mínimo respeto a su dignidad de hombres y un salario que les permitiera salvar a los suyos del hambre. Sí, del hambre y de la terrible promiscuidad de sus viviendas en las que tenían que hacinar lo mismo sus ansias que su asco.

No. Yo no lo inventé a Perón ni a Eva Perón. ¡Vos los creaste! Con tu intolerancia. Con tu crueldad. Con la misma crueldad aquella del candidato a presidente que

mataba peones en su ingenio porque le pisaban un poco fuerte las piedritas del camino a la hora de la siesta.

Sí, yo sé que te fastidia que te lo recuerde. Es claro, pero vamos a terminarla de una vez. Porque yo no lo inventé a Perón ni a Eva Perón. Los trajo la injusticia que presidía el país. Porque a fuerza de hacer un estilo de tanto desmán, terminó por parecerte correcto lo más infame. Claro, a vos no te alcanzaba esa injusticia. Tendrías, como un señor que yo conocía y que iba todos los meses a cobrarlo, un puesto de ama de cría para cubrir sus gastos, que se lo pagaban oficialmente, y un sueldo para salir con el Klan.<sup>1</sup> Yo me acuerdo del Klan. Y vos también. Aquella mafia siniestra que salía sólo para aterrorizar gente y mataba una vez a gomazos, otra vez a tiros y a veces con el camión para hacerlo más divertido. No, si la memoria fastidia. Pero yo no lo inventé a Perón ni a Eva Perón. Los trajo la estulticia que manejaba el país. Mirá, si vos hubieras estado en la Semana Trágica como yo y como tantos, en Cochabamba y Barcala, y hubieras visto morir primero a aquellos cinco, luego a cientos y hubieras visto masacrar judíos por una «gloriosa» institución que nos llenó de vergüenza,<sup>2</sup> no hubieras formado nunca más parte de ese partido que integrás por amor propio y quizás por ignorancia de tantos hechos delictuosos que son los que empezaron a preparar la llegada de Perón y Eva Perón. En un país milagroso de rico, arriba y abajo del suelo, la gente muerta de hambre. Los maestros sirviendo de burla en lugar de hacer

<sup>1</sup> Habla del Klan radical, organización de choque que actuó a principios de 1930. (*N. del E.*)

<sup>2</sup> Se refiere a la Liga Patriótica de Manuel Carlés. (*N. del E.*)

llorar porque estaban sin cobrar un año entero. ¡No! ¡Y todo vendido! ¡Y todo entregado!

Yo sé que te da rabia que te lo repitan tantas veces, pero es que entristece también pensar que no lo querés oír. El otro día en un discurso oí que decías refiriéndote a un gobierno de 1918: «Ya por ese entonces los obreros gozaban...» ¿De *qué* gozaban? ¡Los gozaban!, que no es lo mismo. Y sí, Mordisquito, ¡los gozaban!

La nuestra es una historia de civismo llena de desilusiones. Cualquiera fuese el color político que nos gobernó, siempre la vimos negra. Aspiramos a gozar y al final nos gozaron. ¡Todos! ¡Siempre!

Una curiosa adoración, la que vos sentís por los pajarones, hizo que el país retrocediese cien años. Porque vos tenés la mística de los pajarones y practicás su culto como una religión. Cuanto más pajarón él, más torpe y más crédulo vos. Te gusta oír hablar a la gente que no le entendés nada; la que te habla claro, te parece vulgar. Yo también entré como vos y, ¿por qué no confesarlo?, me sentía más conmovido frente a un pajarón que frente a un hombre de talento. El pajarón tiene presencia, tiene historia, larga, la que casi siempre empieza con un tata-rabuelo que era pirata. Yo también me sentía dominado por los pajarones cuando era chico. Ahora, ¡no! Cuando era chico, sí. ¡Pero no ahora, Mordisquito! Salváte de los pajarones. El fracaso —por no decir la infamia— de los pajarones fue lo que trajo como una defensa a Perón y a Eva Perón. Pero no fui yo quien los inventó.

A Perón lo trajo el fraude, la injusticia y el dolor de un pueblo que se ahogaba de harina blanca y una vez tuvo que inventar un pan radical dé harina negra para no morir de hambre. Tampoco te lo acordabas. ¡Ay, Mordisquito, que desmemoriado te vuelve el amor propio!

Te dejo. Con tu conciencia. ¡Perón es tuyo! ¡Vos lo trajiste! ¡Y a Eva Perón también! Por tu inconducta. A mí lo único que me resta es agradecerte el bien enorme que sin querer le hiciste al país. Gracias te doy por él y por ella, por la patria que los esperaba para iniciar su verdadera marcha hacia el porvenir que se merece. ¡A mí ya no me la podés contar, Mordisquito! Hasta otra vez, sí. Hasta otra vez.

Este libro se terminó de imprimir en abril de 2006  
en: **Talleres Gráficos Fervil S.R.L.** - Santa Fe 3316  
2000 Rosario - Santa Fe - Argentina - Tel: 0341 4372505  
E-mail: [fervilsrl@arnet.com.ar](mailto:fervilsrl@arnet.com.ar)